

ESTE PERIODICO  
se publica  
LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

12 reales fuertes

AL MES

EN LA HABANA.

\$5-25, papel, trimestre

EN EL INTERIOR

Francos de porte.



DIRECCION  
y Administracion  
OBISPO NUMERO 50

A DONDE

SE

DIRIGIRAN

TODAS

LAS COMUNICACIONES

Y

reclamaciones.

# EL MORO MUZA.

PERIODICO DE LITERATURA, ARTES Y OTROS INGREDIENTES.

DIRECTOR PROPIETARIO:  
DON MIGUEL DE VILLA.

FUNDADOR:  
D. JUAN M. VILLER GAS.

CARICATURISTA:  
D. VICTOR P. DE LANDALUZE

## MAS SOBRE BILLETES.

La prometido es deuda, y El Moro Muza sabe pagar las suyas con una exactitud que le recomienda á los ojos de todas las personas honradas, aunque éstas, al oírnos, murmuren por lo bajo que no tenemos abuela.

Vamos al caso. En nuestro número anterior, ofrecimos ocuparnos más adelante de los abusos cometidos en el expendio de los billetes de la Lotería, y perseveramos en la idea de cumplir el compromiso, pues fuerza de tal queremos que tenga, tratándose de los intereses y derechos del pueblo sostenedor de esa renta, que es una de las más productivas al Erario, y, sin duda alguna, la contribucion indirecta que más espontáneamente paga la mayoría de los habitantes de Cuba. Pero no examinaremos hoy el punto propuesto: queda aplazado nuevamente, tanto porque no tenemos tiempo ni espacio para ello, cuanto porque demanda la preferencia algo que se nos quedó en el tintero, al hablar hace ocho días de la subasta relativa á la impresion de los referidos billetes.

La casa que hoy tiene á su cargo este servicio, comenzó á prestarlo en época no lejana, estando ya en circulacion el papel moneda; y en concepto de pagar con éste todas las atenciones de la renta, se efectuó el remate, verificándose así entónces; pero un poco más tarde, el gerente de la casa aludida, valiéndose de ciertas influencias y determinados manejos, en que intervino uno de los miembros más influyentes de funesta camarilla, segun de público se dice, no sabemos con qué fundamento, logró que se le abonase una crecida suma, por via de resarcimiento, en vista de la diferencia existente en la plaza, entre el valor del oro y el de los billetes del Banco Español.—Ignoramos si despues de tal concesion, ha seguido cobrándose la misma diferencia, aunque es de suponer que así sea; pero de cualquier modo, creemos que no hay razon alguna que justifique el pago, porque abonándose en papel el precio de los billetes y los premios de la lotería, así como otras atenciones de la misma, nada más injusto que favorecer con mano pródiga á quien jamás ha contraído méritos para ello.

Por el contrario, la lista de los premios de

cada sorteo, que, en tiempos del antiguo rematador, se daba á luz con una exactitud digna del mayor encomio, no se expende ahora al público, muchas veces, hasta el día siguiente de verificada la extraccion; y la gente maliciosa supone que la demora es intencional, fundada siempre en alguna futilidad, para que los periódicos diarios no puedan reproducir aquella hasta veinte y cuatro horas despues, logrando el actual impresor, que cuenta con la impaciencia del público, la venta de mayor número de ejemplares. Si esos rumores son verdaderos, bien puede decirse que quien procede así, lleva al último extremo el abuso y la idea de la más ruin especulacion.

Por otra parte, los inteligentes en materia tipográfica, aseguran que cada día es peor la impresion de los billetes de la lotería, empleándose para éstos un papel de ínfima calidad, que no corresponde á lo estipulado en la cláusula respectiva del pliego de condiciones para la subasta.

En vista de todo lo expuesto, dígasenos si no hay razon para poner el grito en el cielo.

EL MORO MUZA.

## GRACIAS OCULTAS.

### I.

Si alguna vez he envidiado á esos sietemesinos, peinados con bucles á la frente, gran leopoldina de oro, pantalon ancho, que pasan la mañana en el picadero, la tarde en la berlina y la noche en toda clase de saraos; si alguna vez he tenido rubor de pertenecer al benemérito cuerpo de los cursis y de no ser un dandy, un fashionable, un *comm' il faut á la dernière*, *c'est á dire* un eleganton de los irresistibles, ha sido, sin duda alguna, cierta noche en el teatro de Tacon, durante la representacion de *Le canard á trois becs*, en la cual admiré ménos la cavatina gallinosa de la graciosa y chispeante Geoffroy, que los ojos negros y el voluptuoso pico de cierto *canard*, situado en una de las plateas de dicho teatro.

¡Qué *canard* aquél! Y ustedes dispensen el calembourg.

Nunca ví un pato, que me hiciera pagar el *idem* como aquella noche memorable.

Pero, vayamos por tiempos.

\*\*\*

Yo ardía; ardía como si me atravesara una línea ecuatorial; ardía como si corriese por mi frente una laguna Estigia; ardía, en fin, como los pucheros de Guanabacoa.

¡Siempre ardor! Cuando la miraba á ella, cuando ella me miraba, cuando nos mirábamos los dos, cuando..... ¡Siempre ardiendo! Únicamente los hombres, cuya naturaleza es parecida á la de los *ofidios*, únicamente los hombres del corazon helado, los hombres que no aman, son los que no creen en el fuego eterno, en el *infierno de la vida*, en el ardor de las pasiones.

¿Quién era ella? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué posicion ocuparía? ¿Era de la Habana? ¿Era forastera? ¿Dónde vivía?

Yo lo ignoraba todo; solamente sabía de buena tinta que la *individua* era preciosa. La tez, los cabellos, los ojos, la nariz, los dientes, el cuello, el seno..... en cuya ideal suavidad de curvas se fijaban los *dilettanti* más apuestos, los pisaverdes de *primo cartello*, formaban un conjunto admirable, en cuya superioridad estaban conformes todos los autores, es decir todos los espectadores.

Ella me miró repetidas veces, y leí en el fluido de su mirada una esperanza. Entónces desprecié á los que me eclipsaban con su *bon ton*, su *negligé* y su *sprit fort*, y exclamé como un *bourgeois* pensador:

*Rira bien qui rira le dernier.*

\*\*\*

Terminó la funcion. Ella, cubierta con un chal color de oro, subió en un carruaje y atravesó el parque de Colon, á la manera de voluptuosa oropéndola, atravesando los céspedes en el jardin de las Hespérides.

—Sigue ese coche, dije al administrador-contador-conductor de un arrastra-panzas.

El carruaje de la *sujeta*, se detuvo en una casa de la calle del Campanario.

Pago al pesetero, paseo la calle, miro á la reja, palpita mi corazon, oigo un ruido, ¡será

ella? ¡Dios mío! la reja se abre, siento síntomas de hipertrofia, abro los ojos y aparece ante la reja un nuevo personaje.

Era un chino.

Mi ofuscación había llegado á la barbaridad. Si me hubiera estudiado Cavannis, no me hubiera encontrado gota de sentido común.

La reja abierta pertenecía á la casa de al lado.

La otra, detras de la cual, habitaba aquella dad, cerrada apareció y cerrada continuó.

\*\*\*

No pasó Werther horas tan difíciles como las mías durante aquella noche. Semejante al *Malade imaginaire* deliré y casi enloquecí.

¿Me querrá? ¿No me querrá? ¿Ella mía? ¿Si será? ¿Si no será?

Tal jerigonza me ocupó la mitad del insomnio. La otra mitad, un nudo semejante al del héroe macedonio sujetaba mi garganta.

¿Cómo verla? ¿Cómo oirla? ¿Cómo entrar en conversacion?

Angustia indescriptible.

\*\*\*

Por fin salió el sol y salió el *Diario de la Marina*.

Buscando calmantes á mi horrible pena, buscando—como diría Selgas—cloroformo para las amputaciones del alma, leí *las locales*, los robos de los morenos, la presa de los *Náñigos*, los chinos en el vivac, y los precios del oro y paulatinamente fuí olvidando aquella obra de arte, no encontrada en los frescos del Ticiano ni en los lienzos de Rafael.

Mayor eficacia tiene á veces la lectura que la botica.

Pero ¡ah!

*E pur si muove*, como otro Galileo, encontré la situación y el movimiento de aquel sol. El *Diario* era el *mesías* de mis profecías, la realización de mis presentimientos.

#### PARA HOMBRE SOLO.

Unos altos

CAMPANARIO, NUMERO TANTOS.

Frescura, amabilidad, ventilación y economía.

Ocurrase y la señora impone.

—¡Oh, *Diario, Diario!* exclamé; ¡oh, *Marina!* ¡oh, *cuarta plana!* Vosotros sois mi segundo padre, vosotros me habeis salvado de una apoplejía, de un aneurisma, de una catástrofe.

Aquello del evangelio, aquello de *la letra mata*, no puede referirse á la letra del periódico *ut supra*.

¡Qué felicidad! ¡Cuando pocas horas antes, pensando en no alcanzarlo, acaricié mi Chassopot, en vista del *pavo..... pavo..... mono..... mono..... tono porvenir!*

\*\*\*

Dieron las 12 y yo dí doce mil vueltas á los trapos que encierra mi baul. Despues de mil ensayos, conseguí que mi espejo me dijera: "estás *presentable*, chino."

Otro pesetero. Monto y ya me tiene usted en medio de la sala de la calle del Campanario.

#### II.

Escena primera.

La madre, la hija y yo.

—La señora doña.....

—Servidora.

—He leído.....

—Sí; usted vendrá sobre el anuncio.

—Precisamente *sobre*, no; vengo á *causa de*.

—*Ya yo lo veo*.

—Pues bien.....

—Usted alquila.....

—¿Usted es solo?

—¿Solo? Hasta cierto punto. Solo, si usted no cuenta una perrita.

—¿Y ustedes son limpios?

—Señora!

—De usted no lo dudo, porque le da la cara que *ha mamado* buenos principios. Pero ya sabe usted que los animalitos, si no se les saca á la calle.....

La joven me miraba extática.

Yo la miraba dinámico.

Fuerzas iguales y contrarias se destruyen.

—¿Conque, usted querrá ver?

—No; otro rato. Quiero que me diga usted el precio.

—Veinticinco *pesantes*. Pero .....

—¿Pero qué?

—*Adelantao*s.

—Magnífico! dije entre mí. Y le solté el *chek*.

—Pues caballero *ya usted* ha tomado posesion de los bajos y puede entrar en los altos, cuando le haga al caso.

—Me hará muy pronto, señora. Picota, tres, chiribitil, tiene usted un catre, un amigo, un baul, los *Miserables* de Victor Hugo y una galguita á su disposicion. Y dirigiéndome á la joven, dije:

—Señorita.....

—Ella inclinó la cabeza en silencio y apretó mi mano.

Sentí todas las corrientes del electro-magnetismo, y me transfiguré por la galvanoplastia del amor.

Cuando una mujer calla, otorga.

Cuando aprieta la mano, ama.

Salí.

\*\*\*

En cinco dias que pasaron gasté cinco pesos en papel de barbas, con los cuales hice á ella:

Sonetos..... 10

Madrigales..... 41

Cantares..... 4 docenas.

Romance..... 1 metro.

Zarzuela..... 1

Total. Quedé hecho un Tostado.

La calle de la Picota parecía el monte Hicor.

\*\*\*

Llegó por fin, el sexto.

¡Qué dicha me esperaba el sexto día!

No bien entré, me deslumbro el relámpago de su mirada.

—Señora.....

—¿Quiere usted que le enseñe los altos?

—Veámoslos.

Al llegar arriba exclamé:

—Hay mucha ventilación.

—*Ya usted lo vé*.

—Pero sin negar que estos altos son buenos; yo sería feliz si pudiera estar en los bajos.

¿Qué insinuación, eh? La mamá se sonrió. La niña no dijo ni amen siquiera.

¿Habría allí misterio?

La duda me atormentaba y era preciso despejar la incógnita, era preciso que yo saliera de aquel espantoso *cocimiento*.

La mamá bajó delante. La niña y yo, detras. Me acerqué á su oído y la dije:

—La amo.

¡Sensación!

Me apretó la mano.

—Señora, repito; Picota, tres, catre, un amigo, un baul, los *Miserables*.....

—Lo mismo digo.

\*\*\*

Una parda de la calle del Campanario, me dijo el nombre de aquella niña encantadora.

Ascension.

Y yo la escribí la adjunta:

"Tú eres mi primer amor  
tú me enseñaste á querer

no me enseñes á olvidar  
que no lo quiero aprender."

"Ascension de mi corazón: cuando cerré con su mamá el trato de los altos, no era para *ascender* á ellos, sino para *descender* á los bajos en que usted habita, esto es, para *ascender*, Ascension mía, á la mano de V.

Si logro ese *descenso*, con mi mano sólo puedo ofrecerle cinco dedos y la homología que tengo con el sucesor de San Pedro. El Padre Santo y yo tenemos un importante rasgo de analogía: él es Pio nono y yo oficial nono de Hacienda ultramarina; y si la suerte hace que yo, Ascension, no tenga un ascenso pronto, mi calidad de *nono*, le demostraré la fuerza del sí natural que le doy, por aquello de que dos negaciones afirman, &a.

De aquí se deduce la categoría de mi amor: V. es mi amor primero y no hay más dilema que éste:

O usted ó ácido prúsico."

\*\*\*

"Caballero:

El *sans façon* y la sanduga con que usted me declara lo que ocurre, me tienen ruborizada. Yo le complacería de muy buen grado, si verbalmente pudiera decirle un secreto, que puede constituir una incompatibilidad verdadera.

Pero como esto *no puede ser*, queda suya afectísima."

\*\*\*

"Señorita: ¿qué es lo que *no puede ser*? Lo que *no puede ser* es *soplar y sorber*; lo que *no puede ser* es *guardar á una mujer*. Estoy dispuesto á todo, hasta el crimen, para lo cual le recuerdo aquello de una zarzuela:

"Yo no soy hombre  
soy una fiera  
y mi madrina  
fué una pantera."

Digámelo todo ó revienta como la Real Trinidad su apasionado."

\*\*\*

"Caballero;..... Imposible!

Suya siempre."

\*\*\*

"Sé clemente, Ascension mía, recuerda las angustias que pasó el Redentor—antes de su ascension á la gloria—por salvar á todos los hombres.

Salva tú á uno, á uno, á mí, y tuya será la gloria.

Espero tu contestación, de rodillas."

\*\*\*

"Querido mío..... Imposible.

Mi labio sujeta esta revelación; yo quisiera decirte:..... Imposible."

\*\*\*

"Señorita, usted me ha *homicidado*.

Diga á mamá que mañana no podré repetirla: Picota, tres, un catre &a.

Mañana le diré:

Fulano de tal. † San Antonio el Chiquito."

\*\*\*

"Pues bien, mi amor: no me he atrevido á desilusionarte. Hay circunstancias que me harán aborrecible á tus pardos ojos.

Tengo dos defectos: soy muda y coso para las camiserías."

\*\*\*

—Señora.....

—¿Usted por aquí? ¿Dónde se mete?

—Voy á meterme en esta casa. Catre, amigo, baul, Víctor Hugo..... todo está en un carretón á la puerta.

—Pues andando.



—Vamos por partes. Usted me alquiló los altos?

—¿Sí, señor?

—Pues le pido los bajos.

—*N'est pas possible.*

—¡Oh! si lo es.

Tomé de la mano á Ascensión y presentándola á su mamá, le dije:

—Esta señorita me ama y yo á ella. Tiene dos grandes cualidades que deben envidiar muchas mujeres; es muda, laboriosa y honrada, y yo solicito su mano. Si usted me la concede, viviré un mes en los altos, se arreglará la documentación y despues *descenso general*. ¿Qué hay de eso?

—¿Que pase el carreton!

MOHAMED.

### ¡SETENTA MIL CABALLOS!

Ya no hay razon, lector, para negarlo,  
Ya es justo concederlo,  
Ya debemos desde hoy reconocerlo,  
Ya tenemos, en fin, que confesarlo.  
El insigne ministro de la guerra  
Que manda en la República Argentina,  
El que es hoy el asombro de la tierra,  
Hablando en plata, el tremebundo Alsina,  
Poco tendrá de mágico ó de duende,  
Pero, sin duda, es hombre que lo entiende.

¿Quién más que este político profundo,  
Percane objeto de malignos fallos,  
Pudiera darse maña en este mundo,  
Para juntar setenta mil caballos  
Casi, como quien dice, en un segundo?

La maravilla es tal, que hay mucha gente  
Que, conociendo la fecunda vena  
Del hombre universal que hoy la enajena,  
Se da fuertes palmadas en la frente,  
Lo que es de su estupor fiel testimonio,  
Y exclama noche y día:

“¿Cómo habrá conseguido este demonio  
Tanta caballería?”

Pues bien, lector, no hay nada más sencillo  
Que eso que al orbe asusta:

Es lo del huevo de Colon, si quieres,  
Es decir, una de esas agudezas  
Que el vulgo da en juzgar pampiroadas  
Y que solo conciben las cabezas  
Que podemos llamar privilegiadas.

¿Caballos hacen falta? ha dicho Alsina;  
Pues sáquense á la fuerza, aunque el despojo  
Cause mortal enojo.

No haya indemnizaeion, no haya propina,  
Y tampoco, á la vez, habrá gobierno,  
De aquellos que son nimios en sus tratos,  
Que tenga tantos potros  
Como los que hemos de tener nosotros,  
Ni que le hayan salido tan baratos.

Y, dicho y hecho, con audaz medida,  
Que así puede llamarse, sin lisonja,  
Salió del que invencible atolladero  
Pareciera á algun otro majadero,  
Por andarse en escrúpulos de monja.

¿Qué me dices, lector, de la partida  
Del gran varon que nuestro bien procura?  
¿No revela más chispa, más ingenio,  
Más imaginación, más travesura,  
Más palmos de narices,  
Dotes, en fin, más grandes y felices  
Que aquellas con que muchos carcamales  
Se hicieron inmortales?

Verdad es que la gente despojada  
Pondrá el grito en el cielo, y no te asombres,  
Si viendo su fortuna atropellada  
El hecho califica de insolencia.  
Mas eso ¿qué le importa á Su Excelencia?

El no aspira á dejar grata memoria,  
Y juzga, en su desprecio por la historia,  
Que los que chillan hoy, tendrán paciencia,  
Unico medió de ganar la gloria,

La oposicion dirá, por de contado:

¿Para qué ese señor habrá sacado  
Tantas cabalgaduras

Que exigen tantos frenos, tantas sillas  
Y tantas herraduras?

¿Para qué? digo yo, que le defiende.

¿Sabeis para qué fin el estupendo  
Ministro, á quién se da dura matraca,  
Tantos caballos saca?

Pues es porque sin treguas,  
Cediendo á una patriótica manía,  
Los va á lanzar al Golfo de las Yeguas  
Con el afan de fomentar la cría.

AMURATES.

Buenos Aires. Enero de 1876.

### DIBUJOS SIN NOMBRE.

#### IX.

Bizarro, buen caballero,  
Si se presenta ocasion,  
Probará que es artillero,  
Dándole fuego á un mortero  
O disparando un cañon.

Odia la farsa del mundo,  
Su honradez con gusto alabo;  
Pero es enigma profundo  
Que sin ser cabo segundo  
Puede ser segundo cabo.

Valiente, fiel, sin empeño  
Ha llegado á general,  
Siempre grave, adusto ceño;  
Sin embargo es más risueño  
Y alegre que liberal.

Y ¿qué geniazol: amedrenta  
Estando en paz; mas si estalla,  
Nadie á su lado la cuenta,  
Porque ¡patapum! revienta.  
Como un bote de metralla.

#### X.

Hombre de gran corazon,  
Alma de virtudes llena;  
No muy viejo, y su melena  
Es un copo de algodón.

Bien se la sabe lucir  
Como juez, pozo de ciencia,  
Presidente de una audiencia  
Que acaban de suprimir.

Siendo su historia brillante  
Y muy conocida aquí,  
Se pudo tan solo así  
Declarársele cesante.

Y él se aguanta y cierra el pico,  
Paciente, como en el lance  
En que cojo, otro percanee,  
Le dejó, en un *puerto rico*.

Si alguien tiene mala idea  
De varon tan eminente,  
Sepa que ese únicamente  
Es el pié de que cojea.

SOLIMAN.

### ARABESCOS.

El inmortal Miguel de Cervántes, que ilumina con los rayos de su gloria al mundo civilizado, modelo de clásicos y príncipe de los ingenios españoles, comenzó su nunca bien aplaudi-

da obra maestra, con una docena de palabras, que pueden rimarse perfectamente, de esta manera:

“En un lugar de la Mancha  
de cuyo nombre no quiero  
acordarme.....”

En el mismo famoso libro, se encuentran las dos líneas siguientes:—“*Vendo, pues, caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo.....*”

El insigne erudito D. Gregorio Mayans y Siscar, recopilador de los *Orígenes de la lengua española*, en su *Oracion en que se exhorta á seguir la verdadera idea de la elocuencia*, se expresa así:—“Yo ciertamente no sé á que poder atribuirlo, sino á la falsa idea que comunmente se tiene de la verdadera elocuencia. Muchos piensan que hablar *perfectamente* es usar de ciertos pensamientos que llaman ellos conceptos, debiendo decir afectados delirios; procurar vestirlos con frasis inventadas, taraceadas éstas de palabras poéticas extranjeras y nuevamente forjadas”.....

Hemos citado estos ejemplos, para dar con ellos en las narices al renacuajo que, erigiéndose en crítico de obras que ni siquiera sabe comprender, censura las locuciones en prosa que pueden sujetarse á la medida rítmica, y lleva su audacia, hija de la ignorancia, al extremo de señalar como defecto el uso de quince gerundios y otros tantos adverbios, terminados en *mente*, en el discurso de un artículo, compuesto de veinte y ocho párrafos, casi todos larguitos de talle, y que ocupa cerca de tres columnas de nuestro semanario.

¡Atrévase el hominicao con Cervántes y Mayans! Pero ¿á qué citarle esos preclaros apellidos? Cuando ménos va á figurarse el microscópico zoilo que Cervántes es el distinguido pianista habanero llamado así, y que Mayans es un barítono de zarzuela que visitó á Cuba hace algunos años.

¡Vaya un golpe fuerte y á tiempo!

¡Se ha lucido el criticaastro liliputiense!

Mejor sería que se dedicase á dar lecciones de literatura á los únicos que pueden ser sus discípulos, á los cangrejos de la *Playa del Chivo*.

—=—

Cuando, en dias pasados, dimos cuenta á nuestros lectores de los trastornos que había causado en los elementos la publicacion, en Cárdenas, de unos *versos* firmados por B. Power, recibimos una carta de este señor, manifestándonos que él no había venido á este país á aprender literatura, y *descaba se atendiese al fondo moral de sus composiciones*, al in'etar la crítica de éstas.

Pues bien, hoy nos hemos desayunado con otra obra poética del mismo individuo, como si el médico nos hubiese recetado un vomitivo al amanecer. Es un *soneto*, titulado *La victoria*, y dice así:

“Vienes gallarda do quier te llaman  
Buenos patricios en tí soñando:  
Eres fruicion en los que amando  
Sienten los gozes puros que inflaman  
Pero ¡ay! de los ébrios en desnudez  
Qué á tí te busquen para libar:  
No les atiendes—no—en su atisbar,  
Pues te recelas de su candidez.  
Esa existencia tuya anhelada  
Ese afanoso bullir por tenerte  
Vela á Razon el mal de perderte  
Cuando en tu *ser* no eres preciada  
Sueño, ¡delirio! es el quererte  
Si con fé ciega no eres preciada.”

Y quiere el señor B. Power que se atienda al fondo de esa quisicosa? Sería preciso adquirir una *draya* para limpiarle de inmundicias.

Nuestro ilustrado colega *El Progreso* de Cárdenas hace bien al anunciar que será parco en la publicacion de semejantes abortos.



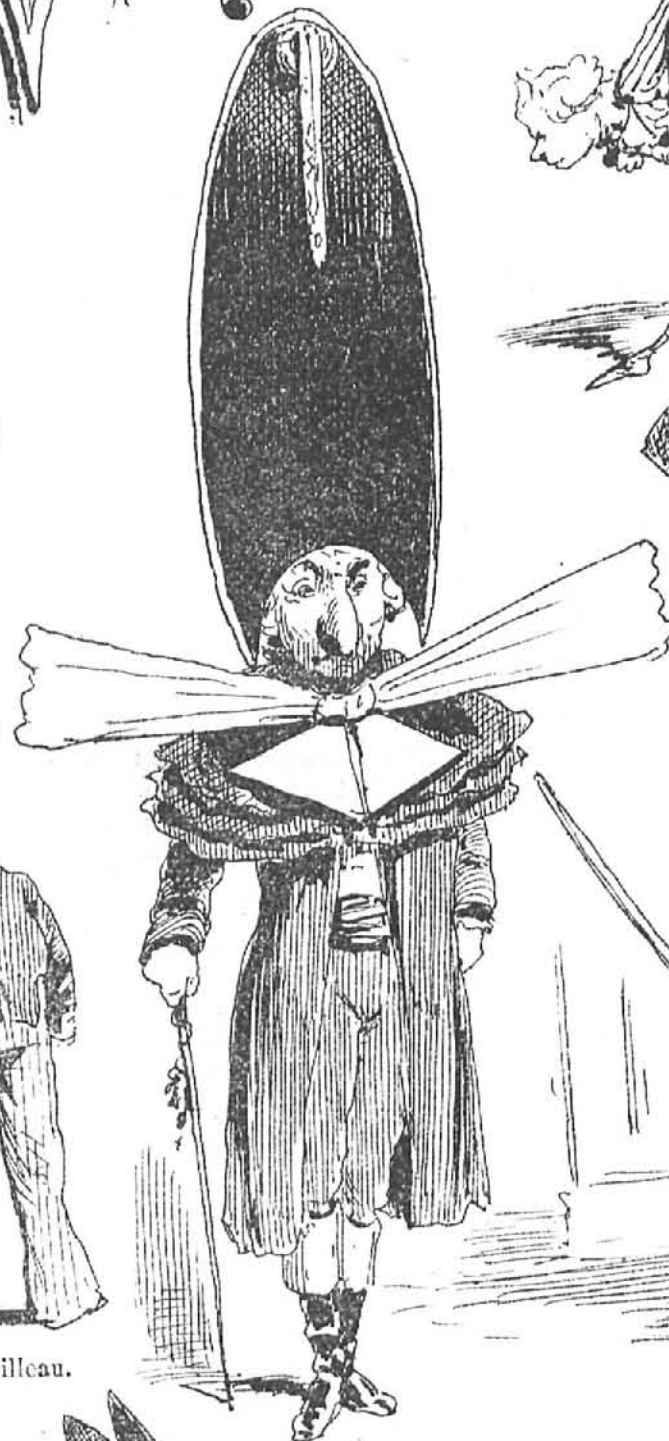
# ADRIANA ANGOT



El cándido Pomponet.



Papá Robilleau.



El Sr. Larivaudière



y su Ayudante de Campo.



Los terribles conspiradores.



Bellísima la Sra. Morioles en el papel de Angel Piteu.



Los valientes húsares de Augereau.



¡Quién pudiera decir lo mismo de Madlle. Lange!



Muy bien la Sra. Hueto en la picaresca Adriana.



La Sra. Estevez excelente en su papel de Amaranto.



Y el coro femenino?... hizo cuanto pudo y quedó bien

## ECOS DE MADRID.

PASEO LIGERO ALREDEDOR DE LA EXPOSICION  
DE BELLAS (POR DECIRLO ASI) ARTES.

## II.

—El interior de la iglesia  
de las Monjas Calatravas.  
—Una procesion de sombras,  
unas negras y otras blancas.

—Vale V. mucho dinero  
para pintar animales:  
y no lo digo por burla  
Sr. Gimenez Fernandez.

—La lección de guitarra.  
—¡Hombre! ¡Me choca!  
Con los dedos cortados  
¿cómo la toca?

—Un músico de guardilla.  
—Debe el pobre tocar mal.  
—A mí no me maravilla  
que no habite en principal.

—Suplicio del Justicia de Aragón.  
—Y de aquel que lo ve con atencion.

—Un niño que se entretiene  
(¡caprichitos de la infancia!)  
en deshacer una media,  
ayudándole una urraca.

—El asunto es muy gracioso,  
mas visto á cierta distancia:  
á mí me parece un chico  
echando la solitaria.

—Interior de una casa de comidas.  
—Bodegon ilustrado,  
donde entre mil viandas escogidas  
se sirve chocolate embotellado.

—El regreso del baile.  
—Han hecho mal!  
en no haberse quedado  
bailando más.

—El alba.  
—¡Alegre paisaje!  
Y un arbolito muy fresco.  
Pero el alba me parece  
que no asoma por no verlo.

—La vida del Gran Tacaño.  
—Se afeita, y ¡de qué manera!  
Esa figura no extraña  
que haga la barba á cualquiera.

—Una escalera del renacimiento.  
—¿No la sube el pintor? ¡Cuánto lo siento!

—San Estéban, papa,  
después del martirio.  
—¿DESPUES? No lo dudo  
desde que lo he visto.

El retrato de Nin,  
cubierto con verdoso peluquin.

Una niña que se mira  
en el agua de un arroyo  
y que al mirarse tan fea  
se queda muda de asombro.

—Numancia.

—Y alcanzó gloria!  
—Si señor; pero en la Historia.

—Paisaje. El ferrocarril  
y los palos del telégrafo.  
—Comprendo que álguien maldiga  
los adelantos modernos.

—El Redentor, de Espalter.  
¡Académico!

—¡Qué horror!  
No me queda más que ver.  
¡Perdónele el Redentor!

—Lasciate ogni speranza, voi qui entrate.  
—Un diablo de color de chocolate,  
enseñando el rabito  
muy cuco, muy rizado y muy bonito.

—Viejo pobre, sentado.  
—Se encuentra el infeliz en mal estado.

—Vieja pobre, sentada.  
—Compadeceo á esa pobre desgraciada!

—Un cura... un confesonario...  
y muy poca devocion.  
—Encontraré extraordinario...  
que le echen la absolucion.

—Estudio de un artista  
del bello sexo.....  
si es que aquella señora  
tiene algo bello.

—El primer encuentro.  
—¡Vaya!  
Al entrar aquí lo dije:  
hay dias en que uno tiene  
unos enuectros horribles.

—La vista de Barcelona.  
—Es muy limpitita y muy mona.

—Vista de Luanco.  
—El cielo  
es cristal esmerilado,  
y la tierra es un buñuelo,  
y el mar gró tornasolado.

—La quietud, representada  
por un cura sentadito.  
—¿Y está sentado en la silla?  
—No, señor: en el sillico.

—Cacharros de Alcorcon, me aflijo al veros:  
Dais ganas, la verdad, de hacer pucheros.

—Cervantes en el momento  
de comenzar el Quijote.  
—Si así lo hubiera empezado,  
no tendría tanto nombre.

—Un estanque.  
—¡Qué color!  
¡Y hay hombres de tanto arranque,  
que tengan en su dolor  
el suficiente valor  
para tirarse al estanque!

—Paso de la artillería  
por el barranco Monlló.  
—Cada uno de esos soldados  
parece un tambor mayor.

—Hay, no obstante, buen dibujo  
y buena composicion.  
—Pero diga V., la luz  
¿es de luna ó es de sol?

—Escenas de carnaval.  
—¿De donde estarán sacadas?  
Este artista original  
gasta unas bromas pesadas.

—Una fragua en el siglo diez y siete.  
—El pintor es muchacho que promete.

—Mire V.: Felipe IV.  
Rubens y la corte toda.  
—¡Es verdad! Y el Conde-Duque  
disfrazado de cotorra.

—República y Monarquía:  
lucha de polichinelas.  
—Tiene novedad y gracia  
y la intencion es traviesa.

—Ahí tiene V. la prision  
de la Reina de Mallorca.  
—Y lleva traje de yeso  
la pobreita señora!

—Pobres huérfanas!  
—Ay! Si!  
¿Por qué las han puesto ahí?

—Una yeguada.  
—¡Canastos!  
Lo que es buena no será,  
pero no se morirá  
porque le falten los pastos.

—¡Hombre! Una suerte de vara  
en la plaza de Madrid.  
—El picador pica bien;  
Usted pinta, así así.

—Una perdiz con pimientos.  
—Guiso de nueva invencion,  
que entusiasmo á los hambrientos  
y produce indigestion.

—Un becerro y tres novillos  
con una vaca pasiega.  
—¡Bravo! Señor de Valdivia.  
Eso es una cosa buena.

—Una corrida de toros  
en el pueblo del Molar.  
—Amigo Sr. Valdivia,  
eso me parece mal.

—Santa Teresa de Jesus, muriendo.  
—¿Muere en gracia de Dios? ¡No lo comprendo!

—Un soldado abandonado.  
—¡Qué perspectiva y qué tono!  
Ya me explico el abandono  
en que yace ese soldado.

—El descanso en la marcha.  
—Descansemos.  
La ejecucion es digna de la idea.  
¡Gracias á Dios que vemos  
Algo que digno de alabanza sea!  
El pintor es un chico  
que sabe ya correr sin pegar tumbos;  
pero yo le suplico  
que no vuelva á pintar más higos chumbos.

BOABDIL EL CHICO.



## ENGRACIA Y GENARO.

Algunos individuos se prendan de las mujeres coquetas; pero ninguna coqueta se prenda de nadie. A lo que más puede llegar una de esas alimañas es á la concesión de ciertas dádivas al hombre de su predilección, es decir, al hombre que mejor sabe adularla, con encubier-to engaño, por de contado.

La mujer coqueta posee una naturaleza que participa de la sirena y de la pantera de Java; porque atrae, seduce, encanta, adurmiendo nuestros sentidos en sueño de voluptuosidad; y porque, hambrienta de galanteos, ganosa de triunfos, víctima sumisa y voluntaria del gran verdugo del amor propio, airada y satánica se rebela contra la glacial indiferencia de su amante, que ántes le rindió el vasallaje de su corazón, y que, después de gustar el venenoso amor de la coquetería, y hastiada el alma de tamaño dolo, le escupe en la frente la saliva del desprecio. Y la coqueta todo lo acepta, el grosero insulto, el infamante ultraje, la galante lucha en que su vanidad levanta el estandarte de la soberbia, la intriga sorda de los salones; pero no doblega la arrogante cerviz ante el vejámen crudo, incisivo, casi inmortal, del desprecio.

Cuando el amante de la coqueta siente en su espíritu el grito de la conciencia y el horrible hastío del corazón; y, rompiendo la cárcel de sus despóticos sentidos, se emancipa de tan duro cautiverio, sepultando la imagen de su amada en la fosa del olvido; entonces la coqueta concentra en su corazón el odio insano, la cólera impotente del vencido y el vivo acicate de la venganza; y, ciega, sorda, tartamudeando imprecaciones, roída por el hediondo y miserable reptil de la soberbia, mira á su vencedor con mirada fiera, tenaz, mirada de desafío, en que se asoma la perversidad del alma gangrenada; y lívida de coraje, trémulos los labios, abiertas las ventanas de la nariz, como si aspirasen toda la fruición de la venganza, bañado el cuerpo en el sudor de la febril agitación..... así, de esa manera, en esa situación y escoba en ristre, estaba la señorita Engracia, en su morada, hace algun tiempo, esperando la llegada de Genaro, calavera, si los hay, y elegante doncel, de cortesana popularidad.

Y llegó y entró Genaro, recibiendo sobre sus espaldas el más fiero escobazo que haya dado una mujer. El ofendido tomó la defensiva, prontamente, y, con la mayor cachaza tomó luego la ofensiva, diciéndole á Engracia, mujerona alta, bien formada, morena y muy guapa:

—Engracia, modera tus ímpetus, y múdate de esta casa en el improrogable término de dos horas.

—¿Me expulsa V., señor mío? replicó ella.

—Haz dado en el clavo, con tu admirable penetración.

—Y dígame V. En el caso de que yo no quisiera marcharme ¿qué haría V.?

—Me iría yo para evitar un escándalo, pero llevándome todos los muebles y trastos.

—¿Esas tenemos?

—No, yo no tengo nada; la que tendrá que componérselas, como Dios quiera, eres tú.

—¿De veras.....? ¿Y por qué me tutea V.?

—Sabe V., so insolente, que ya esto pasa de castaño oscuro?

—Te equivocas, tú eres la que va á pasar de esta casa á la calle, por cuatro razones y por la puerta principal.

—Vengan esas razones.

—Ahí van. Primera razon: porque sí.

—¿Diantres! ¿Y qué gracioso está V., caballero!

—Segunda razon: porque á mí me da la gana.

—¿Genaro! ¿Genaro! No me hagas perder...

—Ya tú has perdido todo lo que puede perder una mujer.

—¿Genaro! ¿Mira que.....!

—Tercera razon: porque estoy aburrido de tí.

—¿Genaro! ¿Genaroooo!

—Y cuarta razon: porque eres muy fea.

La metralla en el campo de la guerra no hubiera hecho tanta explosión, como la última razon de Genaro en el ánimo de Engracia, que, ebria, arrebatada, loca de coraje y ciega de venganza, se abalanzó sobre el jóven, magullándole el rostro, á mordidas y puñetazos, llamándole con nerviosa y colérica voz monstruo, infame, villano..... y todo ¿por qué? Porque el mancebo había cometido el pecado imperdonable, sin absolución posible, ni aun con los hisopos y latines de la Iglesia, el pecado mortal de llamar fea á una hija de Eva.

A las pocas horas, Genaro cargó con algunos muebles, yéndose á vivir á doscientas cuerdas de Engracia, decidido á no volver jamás á enamorarse de ninguna coqueta.

Engracia era una mujer bastante linda, no obstante la última razon de Genaro; contaba treinta y dos años de edad y otros tantos de coquetería, porque con ella nació; y merced á sus agasajos, sedujo maestramente á nuestro jóven, á pesar de que éste se había ganado un nombre entre los calaveras. Al principio, mientras corría el oro del incauto..... por cuenta de Engracia y ésta se encargaba de dar á su amante las correspondientes equivalencias, todo marchaba á pedir de boca; pero sucedió una cosa lógica: que, á la postre, Genaro se hastió de las caricias de su amada, y empezó á mirarla desdeñosamente, poniendo sus ojos en otros cuerpecitos mejor acondicionados, concluyendo por serle una mujer indiferente. Ella lo advirtió, sintió en su corazón la mordida de la víbora, y no los celos de amor, sino los malditos celos de la soberbia, la insensata vanidad de un ánimo altanero, la rabia de verse postergada á otras mujeres, la profunda estocada del desprecio, removieron las nauseabundas vilezas de su satánico corazón, y la encendieron de venganza, como si fuesen la hoguera del amor propio y de todas las ruines pasiones. He aquí el verdadero busilis.

¿Creen ustedes que ahí paró la cosa? ¿Qué había de parar! Buena era la señorita Engracia, para remitir al olvido aquella mengua de su orgullo, aquel menoscabo cruel y humillante de su soberbia de coqueta.

En todos los lugares, delante de todo el mundo, con oportunidad y sin ella, no desperdiciaba la ocasion de poner á Genaro por los suelos; mancillándole, con lengua de harpía, en su honra y dignidad; urdiendo tenebrosas fábulas respecto del pobre jóven; y hasta poniendo patas arriba la largueza y generosidad de su amante.

Estas maniobras eran, no puede negarse, eminentemente estratégicas, puesto que obligarían á Genaro á parlamentar con ella, de cuyo parlamento esperaba Engracia salir victoriosa, puesto que, en su sentir, el enemigo, ante las armas de la voluptuosidad, se rendiría á discreción, con sus respectivas armas y bagajes, vulgo monises.

Pero, no la militar, sino el resultado del parlamento, merece tres estrellas.

Genaro se aprestó á conferenciar con Engracia, instigado por los calumniosos rumores que ya empezaban á mortificarle.

Dirigióse á casa de aquella señorita, celebrando con ella una sesión importante, de la cual salió..... para la cárcel, por haberle roto aunque sin testigos, pero con fehacientes

pruebas, cuatro dientes, el hueso palomo, como dice el vulgo, y dos costillas.

\*\*\*

Moraleja de estas hipérboles.—La coqueta es un puñal de dos filos, que hiere inevitablemente, ocasionando dos lesiones graves: una al amante, que, si no le conduce á la cárcel como á Genaro, le hace perder el tiempo, el dinero y..... etc. etc: otra á sí misma, que, si no queda con algunos huesos ménos, como la señorita Engracia, se queda para vertir santos, y sin pudor.

Si pudiese infundirse saludable temor á las coquetas, rompiéndoles á tres ó cuatro, un par de costillas, ya se notaría la carencia del género.

ABDERRAHMAN.

## INGREDIENTES.

Con gusto aprovechamos todas las ocasiones que se nos presentan de quemar el incienso de la justicia, en loor de *La Ilustración Española y Americana*; y no se crea que á tal extremo nos lleva la circunstancia de hallarse reunidas, en la propia casa, la agencia general de la excelente publicación madrileña y la redacción de nuestro moruno semanario: no, obedecemos á una idea más noble, cual es la de enaltecer todo lo que mérito tiene, proclamando al mismo tiempo el adelanto de las letras y las artes nacionales, que en este punto nada pueden envidiar á las extranjeras.

Además de la amena lectura y de los preciosos grabados, intercalados en el texto, que contienen los números XIV y XV, traídos por el último vapor correo de la Península, llama en el primero la atención una magnífica lámina que le acompaña, por vía de suplemento. Es una hermosa vista panorámica de Sevilla, tomada desde el río; una verdadera obra de arte, delicadamente grabada por el Sr. Rizo, sobre una fotografía del Sr. Laurent. Su tamaño es equivalente á cuatro planas de *La Ilustración*, cuya empresa manifiesta con tal regalo el ardiente deseo que la anima de complacer á sus favorecedores y de elevar el periódico á mayor altura cada día.

Toda persona que tenga ocasion de examinar dichos números, se convencerá de que nuestros elogios son justos y desapasionados.

—=—

En la tertulia del teatro de Tacon, tuvo lugar, la noche del martes, el siguiente diálogo entre una mujer y su marido.

—Dime, Nicolás, ¿esta es *La filla de mada-ma Angé*, puesta en español?

—Sí, hija, ¿no la oyes?

—Pues porque la oigo, digo y redigo que han dado gato por liebre. Anunciaron en los diarios la traduccion y.....

—La traduccion es la que representan.

—En lo que hablan podrá ser; pero en la música, te aseguro que no han traducido ni una nota. Está en francés, como cuando la hizo la Aimée.....

Al escuchar tales razones, exclamamos: ¿Que la lleven á la Exposición de Filadelfia!

—=—

En una casa de la calle de Acosta.

—Pues me alegro mucho de ver á usted, mi señor don Narciso.

—Mil gracias, doña Venancia.

—Y mi principal objeto, ya que tengo el gusto de hablar con usted, es decirle que entre todas las que vamos diariamente á misa, se conversa mucho acerca de las relaciones ilícitas que median entre usted y la mujer de.....

—Protesto, señora, protesto.....

—¿Qué dice usted?

—Que protesto.

—Pues coja usted la puerta inmediatamente.  
(Se santigua.)  
—¿Qué significa esto?  
—Que yo soy católica, apostólica y romana, me confieso todas las semanas con los jesuitas, y no quiero protestantes en mi casa.

La Habana entera conoce á D. Gil Gelpí y Ferro, y sabe que mientras aquí, ayudado por sus amigos del muelle, hacía crujir sus hermosas máquinas, para dar al público sus lucubraciones, jamás dijo nada en favor de la causa de la libertad y de las doctrinas modernas, por lo cual su voto no puede ser sospechoso, ni sería lógico tratarle de revolucionario.

Sentado este preámbulo, vamos á reproducir unas cuantas líneas, insertas en la revista que, con el título de *La Constancia*, dirige en Madrid el aludido ciudadano.

Hélas aquí:—“Todos los periódicos de Madrid, exceptuando los ultramontanos, han censurado un artículo del *Diario de Barcelona*, que contiene entre otros el siguiente párrafo: “Antes que de regocijo impio y de expansiones insensatas, es hora solemne la que estamos pasando de meditación y de recogimiento, que no es propio de pueblos viriles y cristianos cantar himnos de triunfo sobre el cadáver de un adversario NOBLE Y CABALLEROSO, que tenía nuestra misma sangre, y al cual hemos lanzado nosotros mismos al campo de batalla con nuestros errores y nuestra imprudencia. No olvidemos el generoso arranque del poeta:

“La muerte de un contrario generoso solamente el que es vil la solemniza.”

Después agrega *La Constancia*:—“El *Diario de Barcelona* siempre fué ultra-moderado ó neo-católico, hasta que en 1869 fué tan liberal que quiso que España vendiera la Isla de Cuba á los Estados Unidos por cien millones de pesos.”

¡Cuidado con los ultramontanos!

Nuestro compañero Almanzor ha recibido por el correo una carta que dice así:—Estimado correligionario: al relatar la historia del diminuto crítico de gerundios y adverbios, olvidaste darle un nombre, para que por él le conociésemos todos en lo adelante. Te propongo que le llames *Panchito el Enano*, ya porque *panchito*, en el lenguaje familiar, significa aquí, sér raquítico, endeble, insignificante, ya porque á tal zarramplín le pega perfectamente lo de *enano*, por su exacto parecido al célebre de la venta.—Tu afectísimo. *El moro Acicates*.”

Dada cuenta del anterior escrito al gremio mahometano, se acordó por unanimidad aceptar la proposición.

Esta noche se efectuará un gran baile en el Casino Español del Vedado. Hay mucho embrollo para asistir á él.

Vete allí, lector amado,  
A caza de amores pronto,  
Aunque murmure algún tonto  
Que eso es cazar en vedado.

Dos amigos se hallaban el jueves en el bazar del Casino, junto á la mesa A, y entablaron esta conversación.

—Ay, chico, qué mesa! ¡De primera!  
—¿Cómo que la letra A es la primera del alfabeto!

—¿Y qué dos vendedoras!  
—Sí: la una con el nombre de los espíritus que rodean el trono de Dios.....

—Y la otra se llama como la diosa de los jardines.

—Al ver á aquélla, aunque odio el tabaco, me muero por una vega.

—Y yo, contemplando á ésta, adoraría lo real, aunque me agradara la república.

—¡Ay!

—¡Ay!

Desde que Alá poderoso  
Echó animales al mundo,  
Hasta que á luz en la Habana  
Salió cierto papelucho,  
Entre todos los insectos  
Jamás encontrarse pudo  
Digno rival al mosquito  
Torpe, inútil, importuno;  
Pero hay ya quien aventaje  
En lo pequeño, en lo estulto  
Y en el zumbir fastidioso  
A ese ruin animalucho;  
Un zoilo de tres al cuarto,  
Más necio que diminuto,  
Más atrevido que feo,  
Y criticastro el más nulo  
De comas y de rayitas  
De adverbios y de gerundios.....  
Y aquí la prosa rimada,  
Querido lector, concluye,  
Rogándote que á su lado  
Nunca des un estornudo,  
Porque morirá ese pobre  
*Gusarapo* nauseabundo  
Que es la diversion perpétua  
De todo el gremio moruno.

De Santa Clara nos remiten el siguiente diálogo, habido en aquella ciudad:

—Yergue tu frente, *Mauro*, no te abata  
El ver tu fama literaria herida,  
Esa fama del mundo conocida,  
Que en la trompa de *El Alba* se dilata.

—Pero no ves, *Raoul*, cual me maltrata  
Del musulmán la pluma maldecida?

—No tolero la ofensa, por mi vida!

—Mi honor exige al punto que me bata!

—¿Qué bata, amigo!... ¡horrible desacierto!

—No ves, pazguato, al comitè moruno

Envidiar de tu parto los dolores?

—¿Será envidia, *Raoul*?—¡Es un aserto!

—¿Pues que rabie y que trine el importuno!

—¡Nada más! ¡Si le escuchas, hazte el muerto!

ADFAG.

Entre dos moros.

—Camarada, acabo de saber que el papelucho en que escribe sus rabiosos artículos *Panchito el Enano*, se imprime ahora en el mismo establecimiento donde se imprimió *La dalia negra del cementerio de Güines*. Alá los cría y ellos se juntan.

—¿De veras?

—¿Cómo te lo digo!

—Olerá á botica.

—No, á muerto.

A última hora. Telegrama.  
Noticia oficial. Se cubre el déficit.  
No cabe más. ¡Magnífico!

### SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Camaradas, hoy la justicia comienza por mi casa. Yo, que he censurado siempre la introducción de vocablos extranjeros entre las frases del rico idioma castellano, que nada ajeno necesita, para expresar con claridad y galanura cuantos conceptos requiere el lenguaje de pueblos civilizados, no puedo pasar por alto la falta cometida por nuestro buen amigo y compañero *Mohamed*, que, al confeccionar el chispeante artículo inserto en el presente número, ha mezclado en él contra lo prescrito, muchas

palabras francesas é italianas, para satisfacción y gozo de los galiparlistas. Prevengasele, pues, que en lo adelante no vuelva á incurrir en mi desagrado, so pena de juzgarle en consejo de disciplina, del que hoy se libra por hallarse en Madrid y no ser yo partidario de formar proceso á quien no le es dable defenderse personalmente en el juicio.

SOLIMAN.—Hace usted muy bien, señor presidente; pero si *Mohamed* es perdonado, en consideración á su ausencia, no debe suceder lo mismo respecto al enérgico *Abderrahman*, que se halla en la Habana y al cual acusa el gremio, por la idea emitida al final de su artículo de hoy.

ALMANZOR.—¿Y qué es ello, compañero? Aun no he podido leer ese escrito.

SOLIMAN.—Que, trinando contra las coquetas, porque tal vez ha sido él víctima de alguna, opina que será preciso romperles las costillas á unas cuantas, con objeto de que disminuya el número de las mismas.

EL MORO MUZA.—¡Já, já, já, já! Tú todo lo tomas por lo serio. A mí me consta que *Abderrahman* ha dicho eso en son de broma, pues él, como yo, opina que á las mujeres se les deben romper las costillas de una sola manera: estrechándolas fuertemente contra nuestro pecho, en arranques de frenética pasión.

ABEN-ADEL.—Me adhiero á lo manifestado por usted, señor presidente.

EL MORO MUZA.—Mejor que la adhesión de tu voto, hubiera yo oído de tus labios noticias detalladas de las funciones habidas, desde el lunes hasta hoy, en el teatro de Albisu.

ABEN-ADEL.—No he asistido á ellas; pero sé de buena tinta que en *Las travesuras de Juana* conquistaron muchos aplausos, por su excelente trabajo, Anita Suarez Peraza y Torrecillas, y que en el desempeño de *El trapero de Madrid* estuvieron felices cuantos tomaron parte en él, distinguiéndose, como era natural, la hermosa Santos Rodriguez y el eminente actor Ceferino Guerra.

EL MORO MUZA.—Ya lo creo! Por eso no faltaré yo esta noche en el referido teatro. Ambos tienen papel en *La hermana del carretero*, y aunque no soy afecto á las emociones fuertes, veré con gusto ese drama de Bouchardy.

SOLIMAN.—Para mañana domingo anuncia la misma compañía otra obra de temblor de tierra, como suele decirse: *La abadía de Castro*.

ALMANZOR.—Ahora me toca el turno, para hablar de Tacon y del estreno de la zarzuela *Adriana Angot*, que ha gustado mucho, y.....

EL MORO MUZA.—Pára la jaca, compañero, no emitas juicio alguno acerca de eso, porque ya el amigo Landaluze lo ha hecho en la caricatura que aparece en el presente número, y no vamos á repetir lo expresado ya por el distinguido dibujante.

ALMANZOR.—Corriente; pero al ménos séame lícito expresar que esa producción se pondrá también en escena hoy y mañana, en el propio teatro, cuya empresa, dicho sea de paso, es digna de favor y encomio, por la acción noble y caritativa de ceder la función del próximo martes á beneficio de un colegio de pobres de esta ciudad. El espectáculo constará de *El barberillo del Avapiés* y *Cuatro sacristanes*. ¿Puede pedirse más?

Todos.—¡Bien por la empresa!

EL MORO MUZA.—Creo que se habló de toros al terminar nuestra conversacion de la semana anterior. ¿Se sabe algo?

FERDUSI.—Sí, señor. Habrá corrida, en la Plaza de Belascoain, mañana por la tarde, á beneficio del espada Francisco Gomez (a) el *Patito*. Se lidiarán seis *bichos* de muerte, los cuales, según se dice por ahí, son fuertes y bravos...

EL MORO MUZA.—Basta, que acabo de oír el cañonazo de las ocho.